



El carro del señor Bruno

Redacción web

La foto es del año 1951. El señor Bruno, el hortelano de la finca de Pozuelo, ha llegado esa misma mañana al colegio madrileño de Claudio Coello, con el carro cargado de hortalizas y frutas. Ha aparcado su carro junto a las cocinas y ha llevado parte de la carga a la cocinera del colegio, para uso de la comunidad de hermanos y de los pocos alumnos que se quedan habitualmente a comer en el centro. Después, ha atendido algunas madres, interesadas en comprar para sus casas esas verduras de las que se conoce el origen cercano y natural: productos de proximidad que diríamos ahora. Es especialmente apreciada la lombarda, esa col morada de hojas juntas y cerradas que produce ejemplares tan exuberantes en las huertas altas que llevan a la sierra madrileña.

Cuando el señor Bruno estaba terminando de atender a las madres, los niños han salido al recreo de mañana. El carro, todavía uncido a la mula, ha sido un reclamo invencible, tanto que los hermanos encargados del patio han pedido al señor Bruno que ponga carro y mula junto a la tapia del colegio que da la calle Juan Bravo. Los más osados se han subido hasta llenarlo del todo, y los demás han tenido que resignarse a hacer dos filas al frente, en posición de retrato para la posteridad.

El señor Bruno aparece sonriente y tranquilo, pero por si acaso no suelta la mula a la que tiene cogida por la brida. Viste el traje de campesino, completado con una chaqueta que solo se pone los días de fiesta, o cuando acude a algún acontecimiento especial, como es el caso. Se ha levantado muy temprano para recorrer los más de trece kilómetros que separan la finca de Pozuelo del

colegio de Madrid. El viaje comienza en las zona rurales de Pozuelo –casi todas las zonas eran rurales en aquellos momentos– y sigue por los encinares y descampados de la Casa de campo. También tiene que sortear el creciente tráfico del centro de Madrid, escaso porque llega a las inmediaciones del Palacio Real a primeras horas de la mañana, cuando la ciudad está amaneciendo a duras penas. Desde allí, enseguida se alcanza el barrio de Salamanca, donde está el colegio.

Mirando al grupo de niños, notamos que en tiempos de precariedad cualquier exceso es un lujo y por eso no hay más que un balón para todo el grupo. Sin duda, el que lo lleva es el delegado de clase, un muchacho de firmes, convicciones, seguramente el proyecto de un hombre de provecho. Para algunos niños, el tiempo de la foto ya ha sido suficiente y se muestran algo inquietos por volver al partido de fútbol donde se deciden casi todas las cosas importantes que les pasan en la vida.